



NEGRO · TEXTOS
CUATRO

PARCHES

CUANDO LLEGÓ AL VATICANO EL RUMOR DE QUE UNA PELÍCULA PORNO GAY HABÍA SIDO FILMADA DENTRO DEL PALACIO APOSTÓLICO, NADIE DUDÓ.

POR
TOMÁS SÁNCHEZ
BELLOCCHIO
Buenos Aires,
Argentina
1981
@tomisanc

El cardenal jesuita Johan Wicovitz, alias «El Marrano», por sus antepasados judíos conversos, pero más conocido por ser el perseguidor de pedófilos en la curia, aceptó hacerse cargo del informe. De civil, y acompañado de dos diáconos, empezó a recorrer las calles de Roma en busca de la película. A sus 75 años, salir a la calle sin sotana se sentía como ponerse un disfraz, y gozó secretamente de esas noches de invisibilidad. Descubrió con sorpresa cuán cerca estaban esos tugurios de los muros de la ciudad santa. Bajo el mismo

cielo, convivían los extremos de la experiencia humana. En una de sus expediciones nocturnas, delante de una cruz de neón introduciéndose en el ano de un hombre gordo, Wicovitz se preguntó por qué tanta fascinación de la pornografía por los símbolos religiosos. ¿Había algo, un

fondo de certezas o un ideal, más allá de la provocación? Él pensaba que la Iglesia, a pesar de sus fallos y la pompa excesiva, era un castillo de pensamiento y de fe. La pornografía, en cambio, era eso, es decir, lo que se veía y nada más.

Cuando encontró la película, quiso comprar todas las copias disponibles. No le importó que fuera inútil: algunos fragmentos ya empezaban a circular en la red. Antes de analizar su contenido, le encargó a un montajista que tapara las escenas de sexo. Sobre la desnudez de los cuerpos aparecieron parches negros, móviles y rítmicos. Sólo se veían las caras de los actores. Algunos eran tan jóvenes, pensó, que podrían pasar por monaguillos. Otros se parecían demasiado a los niños que había interrogado durante años. Sobre todo uno: le recordaba a un niño irlandés, tan tímido que era incapaz de mirar a los ojos. ¿Jimmy Watts

o Timmy Watts? El caso estaría en sus archivos de la ciudad de Cork, de 1992 o 1993, en lo alto de la biblioteca. Buscó su nombre en los títulos de la película o un indicio de su nombre porque ninguno de los que esos actores usaban era real.

De las locaciones, reconoció una capilla, el pabellón de los mapas, un tramo de la escalera que llevaba a los aposentos de otro cardenal. Creyó ver su balcón también, de fondo en una orgía, pero no estaba seguro. Al día siguiente, con un plano del palacio, se dispuso a recorrerlas. Con los ojos cerrados, pasaba una mano por el mármol y los estucos, como queriendo absorber la energía de aquellas escenas. Varias monjas se horrorizaron al verlo ensayar diversas posturas. Él se dio cuenta cuando se iban, duplicadas en un espejo.

Las noches en que veía un fragmento de la película, Wicowitz soñaba con parches. Eran negros y cuadrados y móviles, como aquellos colocados por el montajista, pero ahora tapaban personas y paisajes de su memoria. La cara de su madre, el pecho blanco de su hermana, el retrato de su mejor amigo muerto. También atardeceres, habitaciones y jardines que él creía grabados para siempre, y que ahora permanecían ocultos, y al mismo tiempo señalados, por esos parches.

Recibió la invitación de un obispo del sur. Acordaron encontrarse la semana siguiente y tomó un tren nocturno para evitar suspicacias. Desde que le habían encomendado la misión, confiaba en menos personas. En la mañana, fue conducido hasta una capilla donde encontró al obispo arrodillado ante un altar de madera. Pasearon por un huerto que representaba aquel donde Jesús había pasado su última noche. Se sentaron a una mesa, con panes, fiambres y aceites de distintos sabores. Aun cuando hablara en clave, el Cardenal entendió que el obispo se refería al *lobby gay* dentro del Vaticano. Lo que no pudo determinar es si sus palabras encerraban el consejo de un amigo o una advertencia. Antes de despedirse, el obispo habló de unas llaves. Ciertas personas dentro del Vaticano tenían llaves, y las puertas que esas llaves abrían eran puertas reales y puertas abstractas.

De regreso en Roma, empezó a prestar más atención a esas puertas. Notó que algunas se cerraban y otras se mantenían apenas entreabiertas, como si alguien estuviera espíandolo. Su investigación había llegado a un punto muerto. Tenía la película, algunos nombres, indicios. Había probado la conexión interna, pero nada de lo obtenido alcanzaba para una acusación

firme. En otro tiempo, con la mitad de las pruebas, no había dudado en transferir sacerdotes sospechosos y enviarlos lejos, hasta los confines del mundo católico. Ahora, por primera vez en su vida, no tenía claridad sobre los pasos a seguir. Pensó en una audiencia con el Papa, pero le pareció inútil, porque su poder divino en la Tierra se disipaba en cada eslabón de la cadena de mando.

A medida que pasaba el tiempo, los parches ocultaban más cosas. Hubo una noche en que la mitad de la visión del sueño estaba en negro. Como novedad, aparecían ocultos detalles que hasta entonces le habían parecido superfluos, pero ahora, sólo por el hecho de estar ocultos, cobraban nuevo valor. ¿Qué significaba que el cajón de una cómoda de su infancia estuviera vedado? ¿O una botella de vino abierta en la cocina? ¿Y qué pasaría cuando los parches cubrieran finalmente todo y el mundo de sus sueños fuera negro?

Visitó a un amigo psiquiatra. Con él hablaba siempre de los temas que estaban fuera del alcance de la gracia. Le divertía decir que Dios apuntaba alto, pero que él llegaba más hondo. Su investigación en esquina tenía vista a las cúpulas de Roma. Al atardecer, eran como pequeños planetas atraídos

por la gravedad de la Tierra. El cardenal fue concreto: quería saber si esos sueños con parches tendrían alguna conexión con su sexualidad adormecida. Él creía haber superado ese lugar común del sacrificio que implica el voto de castidad. En su juventud había sublimado cada pensamiento soez, cada imagen prohibida. Durante su larga carrera había logrado conservar su corazón inmune al virus que destila la confesión de los pecadores. Le atormentaba pensar que una insignificante película hubiera revuelto su interior, tan cerca del final de su vida. Le parecía estúpido y vulgar, indigno de sí. El amigo psiquiatra se limitó a sugerir que anotara sus sueños en una libreta.

Desde aquel día, Wicowitz abandonó la investigación y empezó a dormir más horas. Forzaba las siestas, se cansaba a propósito, como si buscara adelantar el día. Por la mañana, antes de desayunar o bañarse, anotaba los sueños que recordaba. Aprendió un método, similar a la mnemotécnica, para recuperarlos. Pero éstos iban perdiendo también su antigua lógica narrativa, volviéndose abstractos e imprecisos. En uno, veía o creía ver a un hombre más viejo que él, embutido en un extraño disfraz de cuero, que atravesaba a gatas un bosque. En otro, sólo llegaba a intuirse

el telón de un teatro, altísimo, que dividía dos paisajes con climas opuestos. Y aunque fueran cada vez más incomprensibles y delirantes, él persistía en sus anotaciones y hacía un esfuerzo por interpretarlos. Tenía la sospecha de que sus sueños eran un signo, la manifestación privada de la decadencia del mundo, representada en esa película.

Pero cuando llegó el día, cuando sus sueños finalmente se cubrieron de negro, y ya no hubo parches, o quizá un único parche del tamaño de su visión, Wicowitz no murió, no se volvió ciego ni se convirtió en homosexual. La Iglesia, aunque seguía perdiendo fieles por millares, no desapareció y tampoco era la hora del mundo para llegar a su fin. Ese día, que fue igual a todos los otros días, el cardenal Johan Wicowitz, jesuita, alias «El Marrano», y célebre cazador de pedófilos, simplemente dejó de soñar.

